

# Gilberto Cuadra von Vega

## - In Memoriam -

*Luciano Cuadra W.*

En plena luna llena y sesenta y cinco años, menos un día; después que a Erwin Rommel le otorgaran los diamantes de la Cruz de Caballero, don Gilberto Cuadra Vega, el hombre que mucho tiempo atrás abandonó el tradicional estrechón de mano, para sustituirlo con el irreverente saludo nazi al que acompañaba con un gutural "Heil Hitler", partió tal como vivió. En silencio y de manera casi secreta.

Quizá así lo prefirió éste emblemático y legendario hijo de Granada. No tan antiguo como la ciudad misma; aunque una vez me aseguró que él había cortejado a doña Rafaela Herrera y Sotomayor, la heroína de El Castillo. "Fue poco antes que cayera en desgracia económica", me dijo con un aire de seriedad que casi me hizo creerle.

Reaccioné al recordar que este tío mío, el más indio de todos los Cuadra Vega -según sus propias palabras- era el mismo que juraba que desde temprana edad había acompañado al entonces Teniente Coronel Rommel en Potsdam, justo cuando el primer dictador hacía su de-

but en Nicaragua. Luego le seguiría a Francia para integrarse a la Gespenster Division, y continuaría con él hasta el norte de África. Fue esa mítica relación con el Zorro del Desierto la que seguramente le impidió a don Gilberto acompañar a sus hermanos Abelardo y Manolo en las conspiraciones contra Somoza.

Pero ¿quién se fija en esos detalles tan insignificantes? Especialmente para alguien que siempre exhibió con hidalguía el paso y la pose militar propia de aquellos que han vivido la guerra, ya fuese ésta en El Alamein o en la calle del mercado de Granada.

Parece que no quiso ser un Cuadra Vega. Me atrevo a pensar que fue esa humildad la que lo delataba. Si Ramiro es recordado como el hombre que al día siguiente del terremoto llevó en sus brazos, desde Tipitapa, una estatuilla del Niño Dios a la zona del desastre, y lo regañaba "para que viera la cagada que había hecho su Papa; y Manolo gozaba de cruzar el mercado para que las locatarías gritaran "¡ahí va Manolo!".

Gilberto lucía su singular personalidad cuadraveguista



*Gilberto Cuadra Vega*

desde los años anteriores al sismo del 72, cuando hacía escuchar su saludo en el corredor que formaba la antigua Avenida Roosevelt, cerca del Edificio Adela donde ejercía como abogado, a la vez que levantaba en alto su delgado brazo derecho, cabeza erguida, pies debidamente cuadrados; todo ello acompañado de una rigidez facial que hacía tiritar a un inexpugnable miembro de la Gestapo.

Su actividad literaria no fue profusa, pero aún así, existe como secreto bien guardado. Fue tal vez la aprehensión a descubrir ante el Mombacho la simpleza de su carácter que contrastaba con la imagen de hombre de hierro que proyectaba este invisible miembro del Afri-

ca Korps; o quizá fue el temor a ser comparado con su hermano mayor, lo que lo motivó a no escribir. Pero lo que no expresaron sus manos con la pluma y el papel, lo hicieron en el piano. No era pues, extraño, caminar por la acera de su casa y escuchar las notas que producía el paseo de sus dedos sobre el teclado, en cualquier tarde, cuando el sol se retira ya cansado.

Probablemente no lo vayan ustedes a creer, pero una madrugada, hace pocos días, llegando a Granada, procedente de Nandaime, donde había ido yo a tratar de conciliar un sueño sagrado pero furtivo; me detuve a orillas del campo-santo, mismo donde descansa parte de mi pasado. Contemplé de lejos -impedido por las verjas, de metal corroído- las frías estructuras que albergan la mortalidad de esos seres queridos.

Al despedirme en dirección de Xalteva, creí que el Mombacho retumbaba con una fuerza que silenciaba la máquina diesel de mi vehículo. Pero no, era la voz de Gilberto Cuadra von Vega que exclamaba: "¡Qué viva el Führer, Jodido!".